El banco donde cabían dos inviernos

Por Shyvirelle

La estación había reservado un solo espacio en el banco frío. Sin embargo, aquella mañana llegaron dos recipientes, y cada uno parecía demostrar que el otro era falso.

Mireya los recibió en el laboratorio de la órbita de Nara, un planeta donde las tormentas apagaban durante meses las antenas de la superficie. Los recipientes contenían una sustancia oscura recogida en la misma explanada y durante la misma expedición. Al principio, ambos habían sido descritos como blandos y casi transparentes.

Ahora uno se endurecía al enfriarse. El otro, bajo el mismo ensayo, recuperaba su flexibilidad. Si Mireya elevaba de nuevo la temperatura del banco, cambiaban las respuestas: el primero cedía y el segundo se volvía rígido. No había que adivinarlo; el brazo de prueba registraba fuerzas opuestas en la pantalla.

—Elige cuál es auténtico —ordenó Oren, responsable del archivo de muestras—. El informe sale esta noche. No podemos asignar dos fichas a una recogida.

—Todavía no sé qué demuestra el ensayo —dijo Mireya.

—Demuestra que no pueden ser lo mismo.

—Demuestra cómo responden ahora. No cómo llegaron a ser así.

Oren señaló las etiquetas. Eran iguales salvo por una letra. Habían sido impresas en la superficie de Nara, antes del despegue, y habían soportado intactas el trayecto.

Mireya colocó los recipientes sobre el banco metálico, con un espacio entre ellos. Le inquietaba que la estación tratara una etiqueta como si fuera el recuerdo completo de un objeto. Habían medido el comportamiento de las muestras con cuidado. No habían registrado con el mismo cuidado todo lo que les había ocurrido fuera de la cámara de pruebas.

La primera pista estaba en las fundas exteriores. Eran dos cubiertas de transporte, sin ventanas, diseñadas en aquel mundo para aislar los envases durante el traslado. Una tenía una pequeña muesca triangular junto a la costura. La otra estaba lisa. La muesca no parecía importante; podía ser la señal de una herramienta o un roce con el cierre del carguero.

—Esa marca no está en la etiqueta interior —observó Mireya—. Si separamos las fundas, perdemos la relación entre el viaje y la muestra.

El técnico Nil encontró el registro de recepción. Los dos envases habían pasado por un módulo de carga y una cámara de espera, en ese orden. En la lista figuraba un traslado extraordinario, pero ninguna anotación que asociara las etapas con la letra de cada envase. La computadora había guardado temperaturas de compartimentos, no de las sustancias.

—El problema sigue siendo el mismo —dijo Oren—. Dos resultados para una sola colección.

—O dos historias de transporte que no constan en las etiquetas.

Nil revisó las imágenes automáticas del muelle. En una fotografía aparecía la funda con la muesca triangular junto al borde de una plataforma. En otra, tomada horas después, la misma muesca era visible junto a una compuerta de mantenimiento. Lo comprobaron ampliando la esquina de la funda, no el contenido de la muestra.

Los registros de las compuertas mostraban algo más. La plataforma había permanecido a la intemperie durante el primer invierno del viaje, el periodo de frío extremo antes de salir de Nara. Después, una avería obligó a dejar una funda en un compartimento templado mientras la otra siguió en el área refrigerada. Al cambiar de carguero, ambas pasaron por un segundo tramo frío, más breve y de distinta intensidad.

Mireya colocó dos tarjetas junto a los recipientes. En una escribió «frío prolongado, intervalo templado, frío breve». En la otra, «frío prolongado, refrigeración sin pausa templada, frío breve». Eran secuencias posibles según las imágenes y los registros. No podían saber la temperatura exacta del interior en cada instante.

—¿Entonces ya puedes decir cuál es cuál? —preguntó Oren.

—Puedo vincular con bastante seguridad esta funda marcada con una secuencia exterior —respondió Mireya—. No puedo garantizar que el material haya tenido esa misma temperatura por dentro. Y aún tenemos que comprobar si alguien cambió los recipientes de funda.

Nil encontró una imagen de la recogida original, hecha antes del primer cierre. Una pequeña irregularidad en el vidrio del recipiente A coincidía con la que se veía en la última imagen tomada al abrir la funda marcada. No era una prueba perfecta, pero sumada a los precintos intactos y al historial de recepción les permitía reconstruir la cadena de traslado sin depender solo de la letra impresa.

Durante una hora compararon registros. Nadie pidió volver a meter las muestras en una cámara única para ver cuál se comportaba «bien». Eso ya lo sabían: se comportaban de manera diferente. Lo que faltaba era entender qué condiciones habían atravesado.

La sustancia procedente de Nara conservaba, según las primeras pruebas de la expedición, una respuesta distinta dependiendo del orden de las exposiciones. En aquel material, una etapa de frío no borraba necesariamente la anterior. Dos recipientes de la misma recogida podían llegar al laboratorio con estados diferentes sin que ninguno fuera impostor.

—¿Y si el segundo también está alterado? —preguntó Oren.

—Seguramente los dos han cambiado —dijo Mireya—. «Auténtico» no significa «igual a como salió del suelo» cuando el viaje también forma parte de su historia.

Oren miró la ficha que había preparado: una sola línea para un solo resultado. Si la dejaban como estaba, el archivo conservaría el ensayo final y borraría la razón por la que las dos muestras no concordaban.

—La junta nos pedirá un informe corto.

—Podemos escribir uno corto que no sea falso.

Mireya redactó una petición para conservar ambos recipientes. Incluyó las dos respuestas observadas, las incertidumbres sobre las temperaturas internas, la marca de la funda exterior y la secuencia de compuertas comprobada en los registros. Propuso que cada envío futuro llevara asociadas las imágenes de sus cubiertas, el historial de traspasos y las variaciones de temperatura disponibles. Sin ese contexto, una etiqueta podía sobrevivir al viaje mientras la explicación desaparecía.

Oren leyó el documento dos veces. Luego pidió que el banco frío se ampliara con un segundo soporte, aunque eso retrasara la clasificación del resto de la carga.

Esa noche, bajo la luz blanca del laboratorio, los dos recipientes quedaron uno al lado del otro. Ninguno ocupó el lugar del otro. En una pantalla se veían dos curvas diferentes; en otra, los sucesivos tramos de un mismo viaje.

Nil observó las fundas vacías, todavía junto a la mesa.

—Parece que hemos traído dos inviernos en una caja.

—En dos cajas —corrigió Mireya—. Y casi dejamos fuera la mitad de la historia.

Cerró el informe sin declarar un ganador. A la mañana siguiente, cuando el siguiente carguero pidiera instrucciones de recepción, el nuevo formulario tendría un espacio que antes no existía: «Qué ocurrió durante el trayecto».